

esta en que vivís? Sosegad vuestra conciencia con la inocencia de vuestras costumbres, y no con la impiedad de vuestros pensamientos; sosegad vuestro corazon llamando á Dios, y no dudando que os mira; la paz del impío no es mas que una funesta desesperacion; buscad vuestra felicidad, no sacudiendo el yugo de la fé, sino experimentando su suavidad; poned en execucion las máximas que os ordena, y no reusará vuestro entendimiento el someterse á los Misterios que ella manda creer; luego que dexéis de vivir como los que limitan toda su felicidad á el corto espacio de esta vida, dexará de pareceros increíble la eternidad: entonces lejos de temerla, la desearéis; suspirareis por aquel día feliz en que el Hijo del Hombre, el Padre del futuro siglo, ha de venir á castigar á los incredulos, y á llevar á su reyno á todos los que hubieren vivido con la esperanza de la feliz inmortalidad. Amen.



SER.

177

SERMON
PARA EL MARTES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE EL RESPETO EN LOS
Templos.

Intravit Jesus in Templum Dei, & ejeciebat omnes vendentes, & ementes in Templo.

Entró Jesus en su Templo, y echó de él á todos los que allí compraban y vendian. *Matth. 21. v. 12.*

DE qué proviene hoy, Católicos, en Jesú-Christo este zelo y esta indignacion que manifiesta en su rostro? ¿No es este aquel Rey pacífico que se habia de manifestar en Sion acompañado solamente de su agrado? ¿No le vimos juzgar á una muger adúl-

Z

adúltera sin condenarla? ¿No vimos á sus pies á la pecadora de la ciudad, perdonandola con mansedumbre sus desordenes y escandalos? Quando sus discipulos quisieron hacer que baxase fuego del cielo sobre una ciudad ingrata é infiel, ¿no les reprehendió diciendo, que aun no conocian el nuevo espíritu de clemencia y de caridad que habia venido á traer á la tierra? Acaba de derramar lágrimas por las desgracias que amenazan á Jerusalén, á aquella ciudad pecadora, homicida de los Profetas, que vá á sellar el decreto de su reprobacion con la injusta muerte que muy presto ha de dar al que Dios habia enviado para ser su Salvador. En todas partes se manifiesta compasivo y misericordioso; y su grande afabilidad es causa de que le llamen amigo de los pecadores y de los publicanos.

¿Pues qué ultrages son estos que hoy triunfan de toda su clemencia, y arman sus manos benéficas con la vara del furor y la justicia? Son, Católicos, los ultrages que profanan su santo Templo; que deshonan la casa de su Padre; que hacen del lugar de oracion, y del sagrado asilo de los penitentes, cueva de ladrones, y casa de negociacion y de avaricia; esto es lo que arma sus ojos de rayos, quando solo quisiera derramar sobre los pecadores sus misericordias. Esto lo que le obliga á acabar un ministerio de amor y de reconciliacion, con una accion de severidad y de indignacion, semejante á aquella con que habia empezado. Porque debeis advertir, Católicos, que lo que aqui hace Jesu Christo al tiempo de acabar su carrera, lo habia ya hecho otra vez, quando despues de treinta y tres años de una vida retirada, entró la primera vez en Jerusalén para empezar alli su Mision, y cumplir con la obra de su Padre: Parecia que él mismo se habia olvidado de aquel espíritu de afabilidad y de longanimidad que debia distinguir su ministerio del de la antigua alianza, como le habian anunciado los Profetas.

Sin

Sin duda, que en aquella ciudad sucedian otros muchos escandalos además de los que se veían en el templo, y que no eran menos dignos del zelo y de los castigos del Salvador; pero pudo disimularlos por algun tiempo, y dilatar su castigo, como si mancharan menos la gloria de su Padre. No se declara desde luego contra la hipocresía de los Fariseos, y la corrupcion de los Escribas y Pontífices, pero no puede dilatar el castigo de los profanadores de su templo: su zelo no sufre dilacion en este punto, y apenas entra en Jerusalén quando vá corriendo á aquel santo lugar á vengar el honor de su Padre, que es ultrajado en él, y la gloria de su casa, á la que allí se afrenta.

A la verdad, Católicos, que entre todas las culpas que ultrajan la grandeza de Dios no hallo otra mas digna de sus castigos que la profanacion de sus templos; y estas culpas son tanto mas graves, quanto deben ser mas santas las disposiciones que nos pide la religion para asistir á ellos.

Porque, Católicos, supuesto que nuestros templos son un nuevo cielo en donde habita Dios con los hombres, debemos estar en ellos con las mismas disposiciones que los Bienaventurados en el templo celestial: es decir, que siendo el Altar de la tierra el mismo que el del cielo, y siendo el mismo el Cordero que en él se ofrece y sacrifica, tambien deben ser semejantes las disposiciones de los que le rodean: la primera disposicion de los Bienaventurados que asisten delante del Trono de Dios, y del Altar del Cordero, es una disposicion de pureza y de inocencia: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei.* (a) La segunda, una disposicion de religion y de abatimiento interior: *Et ceciderunt in conspectu throni in facies suas.* (b) Finalmente, la última,

(a) *Apocalyp. 14. v. 5.* (b) *Ibid. 7. v. 11.*

ma, una disposicion de decencia y de modestia en el exterior: *Amisti stolis albis.* (a) Tres disposiciones en que se encierran todos los pensamientos de fé que nos deben acompañar en los templos; una disposicion de pureza y de inocencia; una disposicion de adoracion y de abatimiento interior; y una disposicion de decencia y de modestia exterior en el adorno. Invoquemos al Espiritu Santo, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Todo el universo es un templo que llena Dios con su gloria y su presencia. En qualquiera parte que estemos, dice el Apostol, siempre está cerca de nosotros; en él vivimos, nos movemos y estamos; si subimos á los cielos está allí; si baxamos á los abismos allí le encontramos; si subimos sobre las alas de los vientos y atravesamos los mares, su mano es quien nos guía, y es el Dios de las Islas remotas en donde no le conocen, como de los reynos y regiones que le invocan.

No obstante esto, los hombres le han consagrado siempre ciertos lugares que él ha honrado con su especial presencia. Los Patriarcas le levantaron altares en algunos lugares en donde se les habia aparecido: los Israelitas en el desierto miraban al Tabernáculo como el lugar en donde continuamente residia su gloria y su presencia: y habiendo llegado despues á Jerusalén, solamente le invocaban con la solemnidad de los incienso y de las víctimas en el augusto templo que despues le edificó Salomón: este fue el primer templo que los hombres consagraron al verdadero Dios: este era el mas santo lugar del universo; el único en que era permiti-

(a) *Ibid.* 7. v. 9.

tido ofrecer al Señor dones y sacrificios: los Israelitas estaban obligados á ir á adorarle allí desde todos los parages de la tierra: estando cautivos en los reynos extraños, volvian continuamente hácia aquel santo lugar su vista, sus votos, y sus respetos: en medio de Babilonia, Jerusalén y su templo eran siempre el único motivo de sus alegrías y de sus penas, y el objeto de su culto y de sus oraciones. Daniél quiso mas exponerse al furor de los leones, que faltar á esta debida obligacion, y privarse de este consuelo: y aun muchas veces vió Jerusalén ir á los Principes infieles, atraídos de la santidad y fama de su templo, y tributar adoraciones á un Dios que no conocian; y el mismo Alexandro, admirado de la magestad de aquel lugar, y de la augusta gravedad de su venerable Pontífice, se acordó de que era hombre, y humilló su soberbia cabeza delante del Dios de los exércitos que allí se adoraba.

En los principios de la ley de gracia las casas de los fieles sirvieron de Iglesias domésticas. La crueldad de los Tiranos obligaba á aquellos primeros discipulos de la fé á buscar lugares oscuros y escondidos para ocultarse del furor de las persecuciones, celebrar en ellos los santos misterios, é invocar el nombre del Señor: la magestad de las ceremonias no se introduxo en la Iglesia hasta los Césares: la religion tuvo sus Davides y Salomones, que se avergonzaron de habitar en palacios soberbios, al mismo tiempo que el Señor no tenia donde reclinar su cabeza; levantaronse poco á poco suntuosos edificios en nuestras ciudades; el Dios del cielo y de la tierra volvió, si es lícito decirlo así, á tomar posesion de sus derechos, y los mismos templos en que tanto tiempo habia sido invocado el demonio, le fueron restituidos como á su legítimo dueño, y consagrados á su culto, se hicieron su morada.

Pero nuestros templos, Católicos, no están vacíos

como el de Jerusalén, en el que todo era sombra y figura: el Señor entonces aun habitaba en los cielos, como dice el Profeta, y su trono estaba sobre las nubes; pero despues que se dignó manifestarse á la tierra, conversar con los hombres, y dexarnos en las místicas bendiciones la verdadera prenda de su cuerpo y de su sangre, que realmente se contienen debaxo de estos sagrados signos, el altar del cielo ya no excede al nuestro; la víctima que en él sacrificamos es el Cordero de Dios; el pan que en él comemos es el sustento inmortal de los Angeles y de los bienaventurados espiritus; el vino místico que en él bebemos, es aquella nueva bebida con que santamente se embriagan en el reyno del Padre Celestial; el sagrado cántico que en él cantamos es el que en la harmonía del cielo resuena sin cesar al rededor del trono del cordero; finalmente, nuestros templos son aquellos nuevos cielos que el Profeta prometia á los hombres. Es verdad que no vemos en ellos con claridad todo lo que se vé en la celestial Jerusalén, porque acá en la tierra no vemos sino por entre un velo, y como en enigma; pero le poseemos, le gustamos, y el cielo no tiene cosa alguna en que haga ventaja á la tierra.

Digo pues, Católicos, que siendo nuestros templos un nuevo cielo, á quien el Señor llena con su gloria y su presencia, la pureza y la inocencia deben ser la primera disposicion que nos dán derecho para presentarnos en ellos, como á los Bienaventurados en el templo eterno: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei,* (a) porque el Dios en cuya presencia estamos es un Dios Santo.

Verdaderamente, Católicos, la santidad de Dios es

(a) *Apocalyp. 14. v. 15.*

parcida por todo el universo es uno de los mayores motivos que nos propone la religion para obligarnos á proceder en todas partes con inocencia y pureza, como que estamos en su presencia. Como todas las criaturas están santificadas con la íntima residencia de la divinidad que habita en ellas, y como todos los lugares están llenos de su gloria y de su inmensidad, las divinas Escrituras nos amonestan continuamente que en todas partes respetemos la presencia de Dios que nos vé, y nos está mirando; que no presentemos á sus ojos cosa alguna que sea capaz de ofender la santidad de su vista; y que no manchemos con nuestros delitos la tierra, pues toda es templo suyo, y habitacion de su gloria. El pecador que vive con una conciencia impura, es una especie de profanador, indigno de vivir en la tierra, porque en todas partes, solamente con el estado de su corazon corrompido, deshonra la presencia de un Dios santo, que siempre está junto á él; y profana todos los lugares en que comete sus delitos, porque todos están santificados con la inmensidad del Dios que los llena y los consagra.

Pero si por estar Dios presente en todas partes debemos en todas ellas presentarnos á su vista puros y sin mancha, es indubitable que aquellos lugares que le están particularmente consagrados en este mundo; nuestros santos templos, en los que, por decirlo así, reside la misma Divinidad corporalmente, piden con mucha mas razon que nos presentemos en ellos puros y sin mancha, para no deshorrar la santidad del Dios que los ocupa, y habita en ellos.

Por eso, Católicos, quando el Señor permitió á Salomón que levantase á su gloria aquel templo tan famoso por su magnificencia, y tan venerable por el esplendor de su culto, y magestad de sus ceremonias. ¿Qué precauciones tan severas no tomó para que no abusasen los hombres del favor que les hacia en escoger entre

tre ellos una mansion especial, y para que no se atreviesen á parecer en su presencia cubiertos de manchas é inmundicias? ¿Qué barreras no puso entre sí, y el hombre, por decirlo así? Y quando se acercó á nosotros, ¿qué distancia no dexó su santidad entre el lugar que llenaba con su presencia, y aquel en donde el pueblo le invocaba con sus súplicas?

Oídlo, Católicos. En el recinto de aquel vasto edificio que consagró Salomón á la Magestad del Dios de sus padres, solo escogió el Señor para su morada el lugar mas retirado é inaccesible; éste era el Sancta Sanctorum, esto es, el unico lugar de aquel inmenso templo, que se miraba como mansion y templo del Señor en la tierra. Aun mas. ¿Con qué terribles precauciones prohibia la entrada? Rodeabale un muro exterior y muy apartado, al que solamente podian arrimarse los Gentiles y Estrangeros que querian instruirse en la ley. En segundo lugar, le ocultaba tambien otra muralla, aun mucho mas apartada: y allí solamente tenían derecho para entrar los Israelitas, y aun para esto era preciso que no estuviesen manchados, y que hubiesen cuidado de purificarse con la virtud de los ayunos, y de las abluciones señaladas, antes de que se atreviesen á acercarse á un lugar que todavia distaba tanto del Sancta Sanctorum. En tercer lugar: Otra muralla mas interior le separaba tambien de lo restante del templo: y allí solamente entraban los Sacerdotes para ofrecer todos los dias sacrificios, y renovar los panes sagrados que estaban sobre el altar. Qualquiera otro Israelita que se atreviese á acercarse, mandaba la ley que fuese apedreado como profanador y sacrilego; y aun un Rey de Israel, el temerario Ozías, que amparado de la dignidad real, creyó poder entrar á ofrecer inciensos, quedó inmediatamente cubierto de lepra, degradado de la dignidad real, y separado para siempre de la sociedad y comercio de los hom-

hombres. Finalmente, despues de tantas barreras y separaciones estaba el Sancta Sanctorum, aquel lugar tan terrible y tan oculto, cubierto con un velo impenetrable é inaccesible á todos los mortales, á todos los justos, á todos los Profetas, y aun á todos los Ministros del Señor, menos al Soberano Pontifice; y aun éste no podia entrar allí mas que una vez al año, despues de mil severas y religiosas precauciones, y llevando en sus manos la sangre de la víctima, la que únicamente le abria las puertas de aquel lugar.

Y no obstante esto; ¿qué habia en el Sancta Sanctorum, en aquel lugar tan formidable y tan inaccesible? Las tablas de la Ley, el Manná, y la Vara de Aarón, figuras vacías, y sombra de lo por venir. El Santo Dios, que algunas veces anunciaba él mismo allí sus oráculos, todavia no habitaba en él, como habita en el Santuario de los Christianos, cuyas puertas se abren sin distincion á todos los fieles.

Es verdad, Católicos, que la bondad de Dios en la ley de amor y de gracia no ha puesto estas terribles barreras entre su Magestad y nosotros; que destruyó aquel muro de separacion, que tanto le apartaba del hombre; y que permite á todos los fieles que se acerquen al Sancta Sanctorum, en donde ahora habita él mismo; pero no por eso pide su santidad menos pureza é inocencia en los que vienen á ponerse á su vista. Su fin ha sido solamente el hacernos mas puros, mas santos y mas fieles, y darnos á conocer qual deba ser la santidad del Christiano, pues tiene precision de sufrir todos los dias al pie del Altar, y del Santuario terrible, la presencia del Dios á quien invoca y adora.

Por eso el Apostol San Pedro llama á todos los

Tomo III.

Aa

Chris-

Christianos una nación santa : *Gens sancta* ; (a) porque todos tienen derecho para venir á presentarse delante del Altar santo ; una descendencia escogida , porque todos están separados del mundo y de todos los usos profanos ; consagrados al Señor , y destinados únicamente á su culto y á su servicio : *Genus electum*. (b) Y finalmente , un Real Sacerdocio , porque todos participan , en algun modo , del Sacerdocio de su hijo , gran Sacerdote de la nueva ley , y porque el privilegio de entrar en el Sancta Sanctorum , que antiguamente solo estaba concedido al Soberano Pontífice , es ya como derecho comun y diario de todos los fieles : *Regale Sacerdotium*. (c)

Y así solamente la santidad de nuestro bautismo y de nuestra consagracion es la que nos abre estas sagradas puertas. Si somos unos Christianos impuros , hemos en algun modo perdido este derecho ; ya no temos parte en el Altar ; no somos dignos de la congregacion de los santos ; y el templo de Dios no es para nosotros.

Y por eso , Católicos , nuestros templos solamente debieran ser casa de los justos. Quanto en ellos se obra supone la justicia y la santidad en los asistentes. Los mysterios que en ellos celebramos son mysterios santos y terribles , que piden unos ojos puros ; la Hostia que allí se ofrece es la reconciliacion de los penitentes , ó el pan de los fuertes ó perfectos : Los sagrados cánticos que allí se oyen son los gemidos de un corazón arrepentido , ó los suspiros de una alma casta y fiel ; y esta es la razon porque cuida la Iglesia de purificar todo lo que se ha de poner sobre

(a) 1. Petri c. 2. v. 9.

(b) Ibid.

(c) Ibid.

bre el Altar ; consagra con palabras de bendicion aun las mismas piedras de estos santos edificios , como para hacerlas dignas de sufrir la presencia y la vista del Dios que habita en ellos. Expone á las puertas de nuestros templos una agua santificada con sus oraciones , y encarga á los fieles que la echen sobre sus cabezas antes de entrar en este santo lugar , como para acabar de purificarlos de algunas leves manchas que podian haberles aun quedado , para que no se ofenda la santidad del Dios en cuya presencia van á parecer.

Antiguamente no concedia la Iglesia sepultura á los cuerpos de los fieles en el recinto de sus sagrados muros ; no admitia los despojos de su mortalidad en este santo lugar ; solamente las preciosas reliquias de los Martyres tenían derecho para ser colocadas en él , y la parecia que el templo de Dios , este nuevo cielo , que llena con su presencia y su gloria , no debia servir de asilo á las cenizas de los que no contaba todavia el número de los Bienaventurados.

Tambien los penitentes públicos estaban excluidos por mucho tiempo de la asistencia á los santos mysterios. Postrados á las puertas del templo , cubiertos de ceniza y de cilicio , estaban privados de concurrir con los demás fieles como anathemas. Solamente sus lágrimas y maceraciones les abrian por último aquellas sagradas puertas ; y así qué alegría no experimentaban , quando después de haber gemido mucho tiempo , y pedido su reconciliacion , se hallaban en el templo entre sus hermanos ; quando volvian á ver aquellos Altarés , aquel Santuario , aquellas reliquias de los Martyres , aquellos Ministros ocupados con tanta devocion en los terribles mysterios ; quando oian pronunciar sus nombres en el Altar con los demás fieles , y quando cantaban con ellos Hymnos y cánticos ! Qué lágrimas de gozo y de religion no derramaban en-

tonces! ¡Qué pesar no tenían de haber estado privados tanto tiempo de tan suave consuelo! Un solo día, ¡oh Dios mio! pasado en vuestra santa casa, exclamaban con el Profeta, consuela mas el corazón que años enteros pasados en los deleytes, y en los tabernáculos de los pecadores! Estos eran antiguamente los templos de los Christianos. Apartaos de estos sagrados muros, decia entonces en alta voz el Ministro desde lo alto del Altar á toda la congregacion de los fieles, vayan fuera de estos sagrados muros los inmundos, los impuros, los sectarios de los demonios, los adoradores de los ídolos, las almas que han vuelto á su vómito, y los partidarios de la mentira y de la vanidad: *Fornicantes, & venefici, & impudici, & homicidæ, & idolis servientes, & omnis qui amat, & facit mendacium.* (a)

Es verdad que la Iglesia no hace ya esta severa distincion, porque siendo ya imposible por la multitud de fieles, y por la depravacion de las costumbres, abre indistintamente las puertas de nuestros templos á los justos y á los pecadores; quita el velo de su Santuario aun delante de los ojos profanos, y sus Ministros no esperan á que los pecadores y los inmundos hayan salido para empezar los terribles mysterios: pero la Iglesia supone que si no estais justificados quando venis aqui á presentaros delante de la Magestad de un Dios santo, venis á lo menos con deseos de justicia y de penitencia: supone que si aun no estais purificados de todos vuestros delitos, á lo menos estais movidos á penitencia; que venis á llorar al pie de los Altares, y que vuestra confusion y el sincero arrepentimiento de vuestras culpas darán aqui principio á vuestra justificacion y á vuestra inocencia.

Los

(a) *Apocalyp. 22. v. 15.*

Los deseos de una vida mas christiana, si sois pecador, son los que únicamente os pueden autorizar y dár derecho para presentaros aqui en el santo lugar: si no venis á él á llorar vuestros delitos; si llegais al pie de los Altares con la voluntad depravada, aunque es verdad que la Iglesia que no vé los corazones, y que no juzga de lo oculto, no os cierra estas sagradas puertas, Dios os desprecia invisiblemente: sois á su vista un anathema y un excomulgado; no teineis derecho al Altar y á los sacrificios; venis á manchar con vuestra presencia la santidad de los terribles mysterios; á ponerlos en un lugar que no os pertenece, del que el Angel del Señor, que vela á la puerta del templo, os arroja invisiblemente, como arrojó en otro tiempo al primer pecador de aquel lugar de inocencia y santidad que santificaba el Señor con su presencia.

Y á la verdad, Católicos, que el conocerse reos de los mas vergonzosos delitos, y venir aqui á presentarse en el lugar mas santo de la tierra, venir á parecer delante de Dios, sin tener á lo menos algun movimiento de verguenza y de dolor, sin pensar en los medios de salir de un estado tan deplorable, sin desearlo por lo menos, y sin formar algunos pensamientos de religion, traer al pie de los Altares los cuerpos y las almas manchadas, pretender que los ojos del mismo Dios, por decirlo asi, se familiaricen con el pecado, sin manifestarle á lo menos el dolor que se tiene de venir de este modo á su presencia cubierto de confusion y de oprobrios, sin decirle como Pedro: Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pecador, (a) ó como el Profeta: Apartad

(a) *Luc. 5. v. 8.*

tad, Señor, vuestra vista de mis iniquidades, y cread en mí un corazón puro, (a) para que yo me haga digno de parecer aquí en vuestra presencia, es profanar el templo de Dios, ultrajar su gloria, su magestad y la santidad de sus misterios.

Porque, amados oyentes míos, seáis quien fuereis los que aquí asistís, vosotros venís á ofrecer espiritualmente con el Sacerdote el terrible sacrificio; venís aquí á presentar á Dios la sangre de su Hijo como precio de vuestros pecados; venís á aplacar su justicia con la dignidad y excelencia de estas santas ofrendas, y á representar el derecho que tenéis á sus misericordias, despues que la sangre de su Hijo os ha purificado, y que en cierto modo, formais con él un mismo Sacerdote, y una misma víctima. Pero quando os presentais aquí con un corazón corrompido y obstinado, sin pensamiento alguno de fé, sin deseo alguno de arrepentimiento, estais contradiciendo el ministerio del Sacerdote que ofrece por vosotros; contradecís las oraciones que dirige al Señor, con las que supplicais por boca del Sacerdote que mire con ojos propicios las santas ofrendas que están sobre el Altar, y que las acepte como precio y abolicion de vuestros delitos; insultais al mismo amor de Jesu Christo, que renueva el gran sacrificio de vuestra redencion, y os ofrece á su Padre como una porcion de esta Iglesia pura y sin mancha que ha labado con su sangre; insultais á la piedad de la Iglesia, que crayendoos unidos á su fé y á su caridad os pone en la boca, por medio de los cánticos con que acompaña los santos misterios, expresiones de dolor, de religion y de penitencia; engañais finalmente la fé y la piedad de

(a) Psalm. 50. v. 11. 12.

de los justos que aquí están presentes, y que os miran como que formais con ellos un mismo corazón, un mismo espíritu, y un mismo sacrificio; se unen á vosotros y ofrecen al Señor vuestra fé, vuestros deseos, y vuestras oraciones como bienes propios suyos. Estais, pues, allí como un anathema, separado de todo el resto de vuestros hermanos; como un impostor, que niega en secreto todo lo que está pasando en público; y venís á insultar la religion, y á no participar de la redencion y del sacrificio de Jesu Christo, al mismo tiempo que él renueva su memoria, y ofrece el precio de él á su Padre.

¿Qué se infiere de aquí, Católicos? ¿Acaso el que los pecadores se deben desterrar de nuestros santos templos? No lo permita Dios. Ah! Por lo mismo deben venir á solicitar al pie de los Altares las misericordias del Señor, que está siempre dispuesto para oír en ellos á los pecadores. Por lo mismo deben valerse de todos los socorros que aquí ofrece la religion á la fé para excitar en nosotros algunos movimientos de arrepentimiento y devocion; ¿y adónde hemos de ir, Católicos, quando por nuestra miseria hemos caído en la desgracia de Dios, ni qué otro recurso puede quedarnos? Aquí es donde solamente pueden hallar asilo los pecadores: aquí corren las aguas vivas de los Sacramentos, las únicas que tienen fuerza para purificar sus conciencias: aquí están formados los tribunales de misericordia, á cuyos pies se les perdonan sus pecados, y se les liberta de sus cadenas: aquí se ofrece por ellos el sacrificio de propiciacion, el que únicamente es capaz de aplacar la justicia de Dios irritada con sus delitos: aquí las verdades de salud eterna, introducidas en sus corazones, les inspiran el aborrecimiento al pecado, y el amor á la justicia: aquí se ilustra su ignorancia, se disipan sus

errores, se alienta su flaqueza, y se fortifican sus buenos deseos. Aquí, en una palabra, ofrece la religion remedios á todos sus males. Luego los pecadores son los que con mas freqüencia deben venir á los templos santos, y quanto mas antiguas é inveteradas sean sus llagas, mas priesa deben darse á venir á buscar aquí su salud.

Esta es la primera disposicion que aquí nos pide á nosotros, como á los Bienaventurados en el cielo, la presencia de un Dios Santo: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei.* (a)

Pero si solamente el estar en pecado sin remordimiento, sin deseo alguno de mudar de vida, y con una voluntad actual de perseverar en él es una especie de irreverencia, que profana la santidad de nuestros templos y de nuestros mysterios, qué será, ¡oh gran Dios! el escoger estos lugares santos, y la hora de los terribles mysterios, para venir á inspirar aquí pasiones vergonzosas; para permitirse en ellos la licencia de unas miradas impuras; para formar en ellos deseos pecaminosos; para buscar en ellos unas ocasiones, que solamente la decencia impide en otras partes; para hallar acaso en ellos unos objetos que en todos los demás lugares aparta de nuestra vista la vigilancia de los que nos gobiernan? ¿Qué será el hacer que lo mas santo de la religion sirva para facilitar el pecado, y el escoger vuestra presencia, ¡ó gran Dios! para ocultar el secreto de una passion impura, y hacer de vuestro santo templo casa de iniquidad, y un lugar mas peligroso que aquellas asambleas de pecado, que la religion prohíbe á los fieles? ¿Qué delito el venir á crucificar de nuevo á Jesu Christo en el mismo lugar en que todos los dias se le ofrece por nosotros á su

(a) *Apoc. 14. v. 5.*

Padre! ¿Qué delito es el valerse para facilitar nuestra perdicion de la misma hora en que se celebran los misterios de eterna salud, y de la redencion de todos los hombres! ¿Qué locura el escoger la presencia de nuestro juez para hacerle testigo de nuestros delitos, y hacer de su presencia el motivo mas funesto de nuestra condenacion! ¿Qué abandono de Dios, y qué señal de reprobacion el mudar los sagrados asilos de nuestra reconciliacion en ocasiones de desorden y de libertad!

¡Gran Dios! Quando os ultrajaron en el Calvario, en donde aun erais un Dios que padecia, se abrieron los sepulcros que estaban al rededor de Jerusalén, y resucitaron los muertos, como para venir á reprehender á sus descendientes el horror de su sacrilegio. ¡Ah! Vivificad las cenizas de nuestros padres, que en este santo templo esperan la feliz inmortalidad: haced que salgan sus cadáveres de estos soberbios sepulcros que les ha fabricado nuestra vanidad, y que inflamados con una santa indignacion contra las irreverencias que de nuevo os crucifican, y que profanan el sagrado asilo de los despojos de su mortalidad, se dexan vér sobre esos sepulcros; y pues son inútiles nuestras instrucciones y amenazas, vengan ellos mismos á reprehender á sus descendientes su irreligion y sus sacrilegios! Pero oh Dios mio! Si el terror de vuestra presencia no basta á contenerlos en el debido respeto, no serán mas religiosos ni mas fieles aunque resucitarán los muertos, como Vos mismo dixisteis.

Pero si la presencia de un Dios santo nos pide aquí, como á los Bienaventurados en el cielo, una disposicion de pureza é inocencia; la presencia de un Dios terrible y lleno de magestad pide una disposicion de temor y de recogimiento: segunda disposicion, que está señalada en el profundo abatimiento